

Título original: No casas. Viaje a través de las utopías.
Edición digital/ebook: Editorial Intangible

Portada: Jesús Gascón Bernal

© de esta edición Editorial Intangible.
© de la obra. Jesús Gascón Bernal
Registro Propiedad Intelectual: 00/2010/6335

© de la portada y diseño gráfico Jesús Gascón Bernal

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en cualquier manera o medio, ya sea este electrónico, mecánico o de otro tipo, sin la autorización expresa del propietario de los derechos.

ISBN: 978-84-938831-9-5

Editorial Intangible. Av. de Francia 4, 3-5
46023 Valencia, España
www.editorialintangible.com
info@editorialintangible.com

NO-CASAS

Jesús Gascón Bernal

2011

Pre-texto

El viajero llegó un día a “Las ciudades invisibles” y propuso conocer sus casas.

Este texto nace de los sueños. Tanto de los verdaderos que se manifiestan al dormir, como de los metafóricos que son aquellos constituidos por lo que anhelamos, si es que ambos no están hechos de la misma materia. Sueños en torno a casas inexistentes, al concepto mismo de habitación. Cuando se han tratado de describir se han contaminado de algunas reflexiones sobre la arquitectura realizadas en el transcurso de los años. Reflexiones también sobre nuestro modo de vivir, sobre el urbanismo de límites indefinidos y nuestra forma de habitar globalizada.

Son imágenes desnudas de toda vestimenta literaria, de cualquier estrategia compositiva. No hay un argumento continuo, salvo el derivado de la idea común en torno a la casa onírica y la relación con sus habitantes. En este sentido las *no-casas* se sitúan al borde de la consciencia - en el deseo -, y más alejadas de la realidad en su materialidad. En el índice, algunas se han recolocado respecto al orden cronológico de su ideación; han ido buscando su sitio. En todo caso esto también forma parte del azar; de la propia vida que va adquiriendo la escritura.

El texto puede entenderse también como un viaje a través de la utopía de habitar, un recorrido hasta la casa arquetípica donde confluyen los caminos de la memoria.

La casa que emerge de la tierra

Para los arquitectos actuales, el nacimiento del Movimiento Moderno es el año cero de nuestra era.

Cuando los hombres habitaban en el Paraíso las casas nacían de la tierra. Aunque se ha discutido mucho sobre este tema, parece cierto que en aquel tiempo los hombres vivían en casas, para protegerse de la lluvia que hacía florecer los manzanos.

Las casas no nacían todas iguales, dependía de la zona y el terreno, pero emergían con sus paredes, sus estructuras y sus cubiertas. Solían ser de tierra, pero en combinación con otros materiales, como la piedra o la madera; sus muros nacían de las raíces profundas de la naturaleza celeste, como organismos vivos, y los moradores iban completando sus interiores con las manos. Cuando emergía una casa, lo primero que hacían sus futuros habitantes que la observaban nacer, era pintarla de azul para distinguirla del color del suelo y hacerla suya; y con el paso del tiempo la casa iba adquiriendo en planta la forma de su sombra sobre el terreno hasta alcanzar un equilibrio volumétrico. Las casas iban creciendo o menguando a medida que cambiaban las necesidades de quienes las habitaban. Así podía ser que surgiese, a partir de un brote, una sala o un nuevo dormitorio cuando éste se necesitaba; y de igual forma sucedía con aquellas habitaciones que iban quedando en desuso, las cuales iban disminuyendo hasta quedar convertidas en un muñón. Sus vidas eran limitadas y al final volvían a la tierra y al polvo, si bien era parte del polvo creador que flotaba ingrávito sobre el universo.

Pero un día, en que el Origen de las Casas estaba dormido, nació una casa diferente. Los hombres vieron como emergía una estructura de hormigón y de acero, de techos planos, que no tenía muros ni ornamentos; y se dieron cuenta que podían hacer libremente su distribución interior y elegir la piel de sus fachadas, la iluminación de sus habitaciones o el color de sus revestimientos. E intervinieron en su creación y se denominaron a sí mismos arquitectos. Esta nueva actividad les resultó tan placentera que desde entonces ya no esperaron a que las casas emergiesen de la tierra, sino que las construyeron ellos mismos. Creo que fue en ese momento cuando la casa y sus creadores fueron expulsados del paraíso y colonizaron la tierra.

El origen de la casa

¿Hay algo más bello y más ingenuo que una casa concebida exclusivamente para ser feliz?

En las conversaciones con los que sueñan, sobre el origen de la casa, he podido conocer algunas de sus creencias sobre este tema.

Abusando de mi ingenuidad, o de mi ignorancia, me han contado como cuando nuestros antepasados cavernarios descubrieron su parte espiritual, su alma, levantaron algunos muros en el interior de la cueva o bajo la roca extraplomada que les servía de refugio, y con ellos compartimentaron sus diferentes necesidades cada vez más complejas. Estos primeros anacoretas, a mitad de camino entre el mundo terrestre y el del más allá, trataron de unificar los conceptos de protección y de contemplación de las estrellas. Me dicen los utópicos que, en un principio, estos muros llegaban hasta la cubierta del irregular techo de piedra que los protegía, y sus escasas habitaciones eran cerradas, pero el mágico bosque que había sobre la roca y que hundía sus raíces encima de la cueva, elevó la montaña y la separó de su incipiente arquitectura para que sus místicos habitantes, que ya soñaban con volar, tuviesen una predisposición adecuada para iniciar el vuelo. Éste, según ellos, es el nacimiento de la casa descubierta, cuyo origen se sitúa en la intersección de ambos mundos. Posteriormente, cuando el hombre perdió la capacidad

de elevarse, aprendieron a construir los tejados.

Otros, por el contrario, me han asegurado que la primera casa se construyó de forma casual. En los remotos tiempos en que el hombre vivía en contacto pleno con la naturaleza, existían unos árboles llamados *domusarias*, hoy desaparecidos, cuya enorme densidad de hojas hacía que sus ramas llegaran hasta el suelo, conformado un volumen tan tupido que era imposible cobijarse bajo ellos. Un alud sepultó algunos de estos árboles, y bajo el barro, que con el paso del tiempo se fue endureciendo, los hombres vieron como por algunos agujeros, a los que llamaron puertas, entraron los xilófagos y otros animales devoradores de hojas. En la siguiente estación, cuando los insectos abandonaron su despensa, descubrieron en su interior un gran espacio de sorprendente belleza, cuya forma abovedada se apoyaba en el pelado tronco y algunas de las antiguas ramas. Y lo habitaron. Según ellos nació así, a la vez, la casa y el poblado. Luego, a medida que fueron incrementando sus habilidades, aprendieron a construir estas estructuras que la naturaleza les había proporcionado.

–Esto explica –dicen– porqué las primeras casas disponían siempre de un palo de madera en su centro.

La casa de la frontera

Se conoce desde antiguo que el infinito es único, pues si hubiese dos infinitos, o bien estarían constituidos por los mismos elementos (y serían el mismo) o estarían formados por algún elemento distinto y por tanto ya no serían infinitos.

Casi todas las religiones que prometen una vida posterior tras la muerte describen un mundo celeste donde moran los puros. Este mundo divino es infinito a imagen de su creador, que lo habita rodeado de su corte y de sus profetas. Ahora bien, no parece haber indicios de que una religión sea más o menos cierta que otra y todas ellas procuran la salvación de sus fieles y su transición al paraíso. ¡Cuántos millones de creyentes de distintas religiones han dado sentido a sus vidas en sus creencias, incluso sacrificado su propia existencia!. Infinidad de personas inteligentes, honestas, no pueden estar equivocadas, y se debe creer a todas por igual.

Pero surge una cuestión de forma: si hay varios mundos celestes y todos son verdaderos no puede ser que sean infinitos, porque el infinito es único, y por tanto si son finitos cabe pensar que un único espacio celeste está repartido entre las distintas religiones. Por otro lado si ese mundo celeste fuese ficticio, o sea un mundo imaginado, también sería finito pues no cabe en la mente humana la dimensión infinita.

En esta tesitura cabe imaginar una distribución celestial: aquí los musulmanes; allí los cristianos; segregados de ambos los judíos; más allá, cerca de los bosques de los confines del cielo, los indios moches, etc. Y así entre los distintos paraísos existe una línea, una frontera que no conviene atravesar. En esta frontera, como en todas, hay una casa donde mora un habitante que vigila una puerta metafórica y que quizá haya vivido en su vida real en la fe de varias religiones, pero poco o nada se conoce de él pues es necesaria la discreción absoluta en universos en los que todo se sabe.

Esta casa es tan estrecha como el grosor de la línea que separa los dos lados, sin que ninguna parte de ella pueda sobresalir en paraísos tan perfectos y tan enfrentados; sus fachadas opuestas difieren la una de la otra, como los mundos a los que pertenecen, y cada vez hay que elegir cuidadosamente porqué ventana asomarse. Sin embargo, los que han llegado a conocer algunas de estas casas, dicen que sus interiores son de una sorprendente coherencia.

Las fronteras del mundo terreno se repiten en el celeste. Las casas de las fronteras de ambos mundos tienen la vitalidad del mestizaje, pues se sale con una creencia y se entra con otra.

La casa de fuego

El fuego se construye a sí mismo, con todo.

Cerca del desierto existe una casa y taller de escultores, con ese nombre, protegida de los vientos que dominan el movimiento de la arena. Es una edificación dispersa, construida con grandes planchas de acero oxidado y algunas láminas de vidrio que les protegen del polvo, a la vez que introducen la soledad del paisaje, el horizonte azul-anaranjado en el interior de la vivienda. Los talleres, anexos a la casa, tienen el aspecto de antiguas naves industriales y es allí donde los habitantes realizan sus actividades creativas. Entre estas construcciones, algunos patios semicubiertos sirven de almacenamiento y de apoyo a las instalaciones de los talleres. La casa dispone de un horno solar de alta concentración que aprovecha la elevada temperatura para la fundición de algunos metales, así como de placas fotovoltaicas y algunas otras fuentes de energías alternativas.

La casa se levanta con el sol y los habitantes comienzan su actividad; lenta al principio, pero poco a poco va acelerando su ritmo. ¿Que construyen?. Parecen escultores de láminas de acero, cíclopes capaces de levantar estructuras imposibles. También soplan vidrio fundiendo la arena del desierto, y son expertos en el lenguaje de los metales que van incorporando en su proceso de creación. La máquina, que ha permanecido silenciosa, gime con la mano del hombre para dar forma a la materia; fresadoras, grúas, soldadoras, prensas y plegadoras, el proceso de la fundición; todo con un orden musical creciente. Los habitantes golpean con sonidos distintos, pero la cadencia es similar, parecen estar componiendo una extraña sinfonía de percusión, quizá es la música de la creatividad pura. Paredes de fuego, planos incandescentes que despiden pequeños cometas de luz blanca, el humo, el sudor, el vapor del contacto con el agua; la casa se va encendiendo y así se mantiene hasta el atardecer. Cuando declina la luz del sol, los dioses menores dejan de trabajar. Se muestran los unos a los otros lo que han construido durante el día, sus metálicas arquitecturas, en una especie de celebración en la que cenan en comunidad, para después, como en un antiguo ritual, fundir y destruir toda la obra que consideran acabada. Es la fiesta diaria de la destrucción de lo creado, y sus hogueras nocturnas dan nombre a la casa.

Ellos me dijeron que al principio los antiguos habitantes conservaban sus esculturas y la casa era un museo; incluso realizaban exposiciones y vendían su obra (ahora viven de que personas como yo puedan observar y aprender de su fascinante trabajo). Quizá el innato miedo a la muerte había hecho que inicialmente buscasen la trascendencia en sus obras de una forma continua, casi obsesiva, al igual que pasa en otros ámbitos como la arquitectura o la literatura. Sin embargo, el contacto permanente con las formas cambiantes del fuego influyó y transformó sus propósitos iniciales, encontrando el placer en el arte fugaz, en el anonimato, en el ritmo instantáneo y eterno que definen la luz y los espacios; y descubrieron que el paso del tiempo les había concedido una aceptable satisfacción en su forma de vivir, a la vez que los había hecho mejores artistas.

Los habitantes por un lado asumen la creatividad como una razón vital de su existencia, y por otro entienden la obra como un arte irrepetible y tan efímero como las formas del fuego que manejan, y que al igual que la vida cuando concluye, habita en la memoria y se va desvaneciendo lentamente en lo recordado. Ahora piensan que la trascendencia está en la frágil continuidad de la casa taller, de la Tierra misma.